

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

"Este precepto es hoy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de Casimiro Velasco, 33, 2.º dcha.

EL SEÑOR GOBERNADOR

En aquellos alborotados tiempos en que don Amadeo de Saboya reinaba nominalmente en España se sucedían los Ministerios con harta frecuencia, y por ende había contradanza continua de empleados de todas clases, categorías y pelajes, pero todos por lo general del más acentuado radicalismo.

En una de aquellas hornadas de funcionarios tocóle en suerte a cierta provincia andaluza de segunda categoría un gobernador, joven, periodista, exdiputado y muy campechano, que aun cuando no sabía una palabra de administración resultaba un tanto simpático por su carácter expansivo y dicharachero a pesar de tener el gravísimo defecto de ser bastante mal hablado, llegando la intemperancia de su lenguaje hasta mezclar alguna que otra blasfemia en sus conversaciones particulares; lo cual traía muy disgustadas a las personas decentes que se veían obligadas a tratarle.

Existía en la misma ciudad una Asociación benéfica presidida por un viejo coronel retirado, hombre de mucho mundo, y muy guasón como buen andaluz. En una de las reuniones de la Corporación lamentábanse algunos señores del mal ejemplo que daba la primera autoridad gubernativa con su asqueroso lenguaje, y de la necesidad de protestar de algún modo de aquellos excesos oratorios. El Coronel propuso dirigirse al Gobernador con una atenta exposición, suplicándole diera un bando prohibiendo y castigando severamente la blasfemia.

Y en efecto, el secretario redactó una respetuosa solicitud, muy sentida y fundada; y obtenida la consiguiente audiencia, presentóse una nutrida comisión presidida por el señor Coronel a la primera autoridad provincial, entregándole la instancia y recomendándole su pronto y favorable despacho.

Sorprendido el gobernador por aquella petición tan inesperada, contestó que estudiaría el asunto; pero han de tener ustedes muy presente, añadió, que estamos en una época de libertad, de mucha libertad. Y después de todo, eso de la blasfemia es muy convencional; son frases que se dicen en el calor de la conversación, expresando el asombro o la contrariedad que produ-

ce un suceso inesperado, y los hombres realmente ilustrados, no deben parar mientes en ello, seguros de que el ser o cosa, contra quien se dirigen, no hace ningún caso...

Y así por este estilo prosiguió disparatando el desatinado funcionario, hasta que el coronel soltó con recia voz una frase que tenía la figura de una sucia blasfemia callejera, pero que no lo era, por ir sustituido el nombre de la Divinidad ultrajada, por el del propio señor gobernador. Saltó éste furioso del sillón, como si le hubiera picado una víbora, y dando un puñetazo fuerte en la mesa exclamó con airado ademán:

—¡Oiga usted, señor sinvergüenza! ¿Es esa manera decente ni decorosa de hablar a la autoridad? Y ¿cree usted que voy a consentir esta injuria incalificable? ¿Ha olvidado usted que el Código Penal castiga el desacato a los funcionarios públicos con prisión correccional o arresto mayor, amén de una fuerte multa?

—Tranquilícese usía, señor gobernador, contestó con mucha calma el coronel, y dígame: ¿se cree usía superior a Dios o inferior?

—¡Hombre, vaya una pregunta! Inferior, y muy inferior.

—Pues entonces, parafraseando las palabras pronunciadas por usía hace un momento respecto a las blasfemias, le diré que estamos en una época de libertad, de mucha libertad, y que eso de injuriar a una persona es muy convencional, pues no ha de tomarse al pie de la letra, sino como una frase dicha en el calor de la conversación, para expresar el asombro o la contrariedad que nos produce un hecho inesperado y que los hombres realmente ilustrados, como lo es el señor, el blasfemar contra lo más sagrado y respetable, no tiene tampoco la menor trascendencia el decir, refiriéndose a usía, me...

—¡Alto, alto!, no prosiga usted, señor coronel. Es usted un punto de cuidado y muy fresco. Me ha dado usted una lección práctica, y en un segundo me ha capacitado de la razón que les asiste a ustedes para pedirme un bando contra la blasfemia que voy a redactar inmediatamente.

(De «La Cruz».)

CASTIGO Y MISERICORDIA

En los tiempos que estamos atravesando de tanta indiferencia y tanta persecución al divino Maestro Cristo Jesús y sus doctrinas, creo un deber de buen católico dar a la publicidad un suceso que presencié y que, aún cuando hace algunos años, no muchos, puede servir para que los creyentes se afiancen más en la fé y los incrédulos vean que Dios deja sentir su mano cuando menos lo esperamos.

Creo fué en el año 1926, viviendo yo en Ribadesella (Oviedo), uno de los prácticos de puerto que era a la vez dueño y patrón de una trainera, salió en dicha embarcación en compañía de sus obreros para pescar en alta mar; al tirar de las redes para recoger la pesca, se encontraron un pequeño Crucifijo; lejos de guardar respeto y veneración, cual fieras salidas del averno, arrojaron ante la divina imagen blasfemias y escarnios, llegando hasta escupirla; cuando se cansaron de tanta irreverencia, la arrojaron de nuevo al mar. Habían vencido los hijos del mal; pero Dios no dejó sin castigo tanta iniquidad.

Al poco tiempo se presentó tan gran abundancia de pesca llamado bocarte, que todas las traineras de la localidad y las de otros puertos inmediatos se hacían a la mar dos y algunas tres veces, volviendo siempre completas de pesca; solamente una salía y volvía con una docena de pececillos; tantas veces se hacía a la mar, las mismas que volvía con los mismos resultados negativos; ésta era la de los que habían profanado el Crucifijo.

Pero Dios todo misericordia y todo bondad, no pretendía el castigo como venganza, sino como misericordia; y así les iluminó acordándose de lo que habían hecho con la santa imagen.

Ellos mismos dieron cuenta al señor Cura de lo que les pasaba.

Fué un momento emocionante ver al señor Cura bendiciendo la barca y dentro de ella al patrón y sus compañeros, confesando públicamente la omnipotencia de Dios.

Desde aquel momento sus faenas les resultaron positivas como a todos los demás.

Marcos Riol.

Madrid.

Domine dilexi decoram domus tuæ

Para el señor Cura de Tremañes
Por ENRIQUE CANGAS.

Hace noventa y ocho años entró Jorge Borrow en España, aparentemente a vender ejemplares de la Biblia; en realidad, a trabajar contra la iglesia Católica. En su libro, que titula «La Biblia en España», libro que ya es un clásico, aunque sea un clásico de nimiedad, petulancia y pandertismo barato, dedica frecuentes diatribas y retos a la Iglesia, que constituía su obsesión, y además de diatribas y retos, permítese lanzar profecías sobre el pronto e irremediable fin del catolicismo en España y en el mundo. Tan seguro está el Inglesito de que el poder de Roma toca a su fin, que pronostica que en su próximo viaje a España ésta será completamente protestante y la Iglesia Católica habrá desaparecido. Y todos sabemos qué frutos ha dado la siembra del protestantismo en nuestro país, y bien a la vista está hasta dónde acertó Borrow en sus predicciones.

Algunos años más tarde, Víctor Hugo hacía decir a uno de sus personajes que desde la ventana contemplaba, filosófico y pensativo, la Iglesia y la Universidad:

—Esto matará a aquello.

Sin que haga falta añadir que «esto» era la Universidad y «aquello» la Iglesia.

Y la Iglesia Católica en España, y en el mundo entero salió indemne de las persecuciones de la Reforma y de aquellas otras más solapadas, pero no menos temibles, de los librepensadores franceses y afrancesados. Sus enemigos «no han prevalecido», y hay que ver qué enemigos eran.

Señor Cura de Tremañes:—Esos enemigos que ahora les han salido «a las iglesias» —que no es lo mismo que a la Iglesia— no tienen comparación con aquellos de mediados del siglo pasado. Aquellos eran Gente; estos son cuatro pobres diablos que no disponen de más armas ni de más argumentos que unas botellas de gasolina y un mechero barato, de esos que siempre encienden al último golpe.

Aquellos combatían a la Iglesia porque tenían ideas, aunque fueran equivocadas. Estos incendian iglesias porque no tienen ideas. Por no tener, no tienen idea de nada. Son el instrumento inconsciente de quienes viven y beben de explotar la lucha de clases. Son un signo de los tiempos, pero de unos tiempos que ya declinan. Son los mismos que roban las gallinas a los obreros de los alrededores del pueblo; son los mismos que alientan una huelga y los mismos que la «revientan», según quién les pague. Son los que daban gritos de júbilo en 1923; los que daban idénticos gritos de alegría en 1931, y los mismos que gritarán, ¡sabe Dios qué! en cuanto cambie el viento. Ellos no saben lo que hacen y por ello Dios ya les ha perdonado. Perdóneles usted también, señor Cura, y no se aflija demasiado porque le hayan quemado la iglesia. Pasado el terrible dolor del espectáculo salvaje, ya la reflexión vendrá a consolarle a usted, haciéndole ver que estos truenos son para calor; que los síntomas son de franca mejoría; que las cosas muestran claras trazas de cambiar para bien; que esa lucha de clases que provee de gasolina cara y de mecheros ba-

ratos a esa pobre gente, toca a su fin, por cansancio de las mismas clases en lucha; y que ya se anuncia para quien no sea sordo y ciego, una era en la que esta lucha será sustituida por la cooperación, por la unión, por la inteligencia y mútua ayuda de quienes ahora parecen, o quieren aparecer, como enemigos irreconciliables, cuando en realidad están ya deseando salir del ring, darse la mano e irse a tomar una copita juntos, que ya son muchos años de puñetazos y muchos los verdugones que se han propinado. Vea usted, señor cura, el caso de la huelga de la Telefónica, el de la huelga de los pesqueros, y más recientemente—y más trágicamente—lo sucedido en la Felguera. Y la quema de iglesias no es más que una consecuencia de esta lucha de clases. Quienes han prendido fuego a sus altares, señor cura, eran unos borrachos de literatura mal traducida, que con el estómago lleno de vinazo ruso indigerible andan vomitando por las esquinas y alguna vez la esquina con que tropiezan es la de una iglesia y el día menos pensado será la de cualquier otro edificio que hoy los vividores de la política consideran sagrado e intangible y que una buena mañana encontrarán mancillado con los restos de una digestión avinagrada por los excesos.

No se amilane, señor cura de Tremañes, que muy mal viento tiene que ser el que no traiga ningún bien, y como no hay acción a la que no corresponda una reacción igual y contraria—igual en intensidad y contraria en signo—y es historia bien calentita (y no es chiste), el que la ya famosa quema de iglesias de Mayo del 31, ha traído un enardecimiento del fervor religioso en toda la nación, pues los españoles, tan dados a los refranes, saben que cuando caen los altares se elevan los muladares y somos una raza demasiado señora para tolerar la vida entre estiércol.

Señor Cura de Tremañes: Tengo entendido que es usted joven, y por lo tanto impresionable y ciertamente que hay pocas cosas más impresionantes que un incendio; pero pensando que cuando Dios dá la llaga dá el remedio que la sana, abra el pecho a la esperanza, que ya dijo el Arcipreste de Hita que esperanza y esfuerzo vencen en toda lid, y así, con el corazón lleno de esperanza y pensando que buen esfuerzo que branta mala ventura, ponga manos a la obra de rehacer esos altares destruidos, y no me diga que los tiempos son malos, porque yo vivo en Somió y no voy a creerle, teniendo, a la vista una iglesia que es un ejemplo de lo que puede la voluntad de los buenos católicos.

¡Sursum corda, señor Cura, sursum corda!

«El liberalismo y el parlamentarismo producen en todas partes los mismos efectos: es un sistema que ha venido al mundo para castigo del mundo, y que acabará con todo, con el patriotismo, con la inteligencia, con la moralidad y con la honra.»

Es el mal, el mal puro, el mal esencial y substancial.

Y una de dos: o hay quien dé al traste con ese sistema, o ese sistema dará al traste con la nación española.»

(Donoso Cortés, t. II pag. 136 de la última edición de sus obras.)

NO HAY PEOR SORDO...

—No me venga con historias ni con dimes y diretes, avaro de mi dinero lo he sido y lo seré siempre.

—Pero tenga usted en cuenta, amigo Don Tiruleque, que Dios castiga al avaro, con las penas más crueles.

—Entonces, ¿por qué en la iglesia canta el señor cura siempre, con voz muy fuerte y muy clara, el *conservare dineris*? J.

De cómo una peregrinación a Tierra Santa fué costeada por el Estado Español laico

A MODO DE PREAMBULO

Don Fernando de los Ríos pretendió que, al igual que en varios países, cierto número de alumnos completasen sus estudios con un viaje por el extranjero para lo cual seleccionó a los expedicionarios entre los hijos de los laicos más destacados, figurando incluso las vástagos de algunos ministros. Por exceso de confianza en que los seleccionados—por ser hijos de quienes son—estaban libres de prejuicios religiosos, se les condujo a visitar Jerusalén y aquellos lugares de Tierra Santa santificados por la presencia corporal de Nuestro Señor Jesucristo. Los resultados de esta visita están consignados en la carta de referencia. Y tal vez sean poco halagüeños para los organizadores del crucero, quienes por odioso sectarismo—dice el «Siglo Futuro»—no han querido llevar a los excursionistas a Roma, una de las naciones más destacadas de la cultura mediterránea, para que no presenciaran la grandeza cristiana de la Sede del Pontificado y el espectáculo de catolicidad de las peregrinaciones que afluyen allí de todo el mundo.

Pero Dios desbarata facilísimamente los planes de la impiedad y con amorosa misericordia quiso mover los corazones de los excursionistas en la visión árida y pobre de Tierra Santa. Dios no pierde ocasión de tocar a las almas; y en esa ocasión ha querido manifestarse como el que convirtió a todo el mundo mediante la predicación de doce Apóstoles analfabetos.

Véase lo que a este propósito dice «El Siglo Futuro»:

«No lo censuramos. Nos parece por contra, muy bien lo que han hecho los excursionistas que hacen el crucero universitario por el Mediterráneo. Al contacto con la realidad de los Santos Lugares, escenario de la vida de Nuestro Señor, se ha removido el fondo de su alma cristiana, ha surgido la fe recibida en el bautismo y que dormía en el fondo de sus almas, y la gracia de Dios ha hecho lo demás. Pero preferimos nos lo refiera un Padre Franciscano de Jerusalén, testigo presencial de todo ello, en una carta enviada al querido colega «El Eco Franciscano», de donde lo tomamos.

Dice así:

«Ecos de Tierra Santa.—Los turistas españoles universitarios.»

El día 15 del pasado junio salió del puerto de Barcelona con dirección a Palestina la

moto nave «Ciudad de Cádiz», conduciendo a bordo 200 turistas entre profesores y estudiantes. Este viaje de turismo, que tenía por objeto perfeccionar los estudios sobre historia y arte, era subvencionado por el Gobierno. Después de detenerse los viajeros en El Cairo, llegaron al puerto de Jafa el día 26. Allí fueron a recibirlos el P. Procurador General de los Franciscanos de Tierra Santa y otro religioso, para ofrecer nuestros servicios y hospedaje en «Casa Nova», lo cual ellos aceptaron con mucho gusto, pidiendo asimismo que les acompañasen Padres Franciscanos en los viajes; como así, en efecto, se realizó con gran satisfacción suya y nuestra.

El día 27 por la mañana se trasladaron a Jerusalén. Fué grande nuestra sorpresa, pues todos creíamos que era una excursión completamente laica, y, por supuesto, teníamos nuestros prejuicios contra ellos, pero por la gracia de Dios hemos quedado defraudados en este particular, de lo cual nos alegramos.

Supondríamos que no tendrían ningún interés por lo religioso, siendo todo lo contrario. A lo que dieron mayor interés fué a la parte religiosa. La tarde del día que llegaron a Jerusalén, varios grupos vinieron a visitar el Santísimo Sepulcro, y en el Santo Calvario hemos visto cómo un grupo de jóvenes postrados lloraban a lágrima viva; en este momento llegaba allí la procesión que los religiosos del Santo Sepulcro hacemos todos los días; se acercó a ellos un religioso para que le dejasen lugar y le dicen: «Padre, por Dios, déjenos usted un momento que desahogemos nuestras penas!»

El 28 por la mañana, tempranito se acercaron varios jóvenes y señoritas pidiendo Padres españoles que pudiesen oírles en confesión, exclamando, al contestar afirmativamente: «¡Qué alegría encontrar aquí Franciscanos españoles que nos atiendan!» Después, para satisfacer su devoción,

fueron a hacer una visita a Belén, en donde dejaron a todos edificadas por su piedad; a la tarde fueron al Jordán y a Jericó.

El 29 era el día de partida, y a las cinco y media de la mañana practicaron por la vía Dolorosa el Vía-Crucis, con un fervor que jamás lo podremos olvidar. Al terminar el Vía-Crucis, en el Santísimo Sepulcro, a las seis y media, se confesaron casi todos, comulgando luego en la Misa cantada en el Santo Sepulcro, que por ellos celebró un sacerdote que les acompaña; otros ya habían comulgado en las Misas rezadas. Imponía respeto ver la devoción con que oyeron la Santa Misa, y ¡qué impresión no recibió nuestra alma cuando después de la Comunión, teniendo al Divino Niño en sus pechos derramaban abundantes lágrimas desahogando sus penas! Una joven turista que presenció la Misa y la Sagrada Comunión —ella no se había confesado—abandonó su lugar diciendo que se quería confesar y comulgar en el Santo Sepulcro. ¡Caso raro! ¿Qué pasó en aquella alma? Dios lo sabe; seguramente estuvo resistiendo a la gracia hasta que por fin se tuvo que dar por vencida al ver el fervor y devoción con que sus compañeros oyeron la Santa Misa y comulgaron. El Señor quiso que esta alma abandonase estos Santos Lugares arrepentida cual otra Magdalena. Terminada la Santa Misa se acercó un joven y nos dijo: «¡Padre!», todavía hay fe en España, y mientras la haya (que será siempre) nada podrán contra ella las persecuciones; la combatirán, pero vencerla, eso jamás».

Este joven, cuando entró en Jerusalén, no era que digamos de lo mejor; pero al visitar los Santos Lugares el Señor hizo de él otro hombre.

Para darles el mayor gusto posible, se les expuso la Sagrada Columna, la cual besaron con gran fe, tocando a ella al mismo tiempo multitud de objetos piadosos.

Al acercarse la hora de partir, todos sen-

tían pena por tener que abandonar los Santos Lugares de nuestra Redención. Habían tenido grandes deseos de tomar parte activa en la Misa, entonando cánticos en nuestra hermosa lengua, lo cual no tuvo lugar por no haberlo manifestado con la debida anticipación. Fué desagradable para nosotros oír estas palabras que nos dirigieron algunos de los devotos españoles: «¡Qué pena llevamos por no haber cantado durante la Santa Misa!»

Quiera el Señor que esta fe y fervor que aquí demostraron vaya cada día en aumento, y que los propósitos que al pie del Monte Calvario hicieron con el recuerdo del Santísimo Sepulcro les sirva para llevar con resignación los contratiempos de la vida.

P. Jesús Gómez.

Santo Sepulcro, 29 junio de 1933.»

RECUERDOS QUE CONVIENEN

Francia—1901.

Los gobernantes que se atreven a atentar contra los derechos de la Iglesia, deberían recordar las siguientes frases del anciano duque de Broglie a Luis Felipe, a quien trataba de disuadir de las vejaciones religiosas, y a las que el rey le contestó:

—Con este sistema, señor, sólo conseguireis tener en contra a todas las personas honradas, y en vuestro favor a todos los perdularios.

—Teneis razón, replicó Luis Felipe; no conviene poner mano en los asuntos de la Iglesia, porque la mano que tal hace queda herida para siempre.

Anuncio elocuente.—Bajo este epígrafe publica «La Semaine Religieuse» de Grenoble, el siguiente:

«Se necesitan para reemplazar a los religiosos y religiosas expulsados de

Folleton de RELIGION Y PATRIA

(37)

DIGNIDAD

Después de tomar el último sorbo de café, Garcés dejó la taza sobre la mesa, y mientras encendía un cigarrillo, preguntó a su mujer:

—¿Qué plan tienes para esta tarde?

Ella levantó la vista de su labor de punto, cesó un instante de mover las agujas y, después de reflexionar, preguntó a su vez:

—¿Y tú?

—Yo, nada; estoy a tus órdenes...

—Bueno, pues mira, yo tengo que hacer unas visitas...

Garcés hizo un gestecillo de desagrado.

—No te asustes, hombre—continuó ella sonriendo—; no te necesito; iré sola, y además, terminaré pronto. Luego podemos ir a una sección «vermouth».

—¿A qué hora vas a salir?

—A eso de las cuatro.

—Bien; entonces yo iré ahora por las entradas y luego al círculo. Tú irás a buscarme allí, ¿eh?

—Sí.

—Pues hasta luego, nenita. Se acercó

a su mujer, y después de darle el beso de despedida, preguntó:

—¿Está el coche abajo?

—Sí, respondió Lucía; pero no te lo laves, porque lo necesito yo.

Garcés consultó su reloj.

—Si no vas a salir hasta las cuatro, dijo, y son apenas las tres y diez, tiene tiempo de llevarme hasta Apolo, dejarme en el círculo y estar aquí a la hora que tú lo necesitas.

Iba ya a salir; ella insistió:

—De todos modos no te lo laves.

La miró extrañado.

—¿Es que tienes el capricho de que yo vaya a pié estando ahí el coche parado? ¡Tiene gracia!

—Pues no sé qué tiene de particular que vayas a pie, dijo ella, y añadió: ¿En qué «auto» ibas a la oficina antes de casarte conmigo?

Hablaba sin levantar la vista de su labor, y no advirtió el efecto de sus palabras.

Gustavo Garcés palideció, se contrajeron sus labios; pero haciendo un esfuerzo, dijo sonriendo:

—Es cierto... Adiós, hijita.

Cogió el sombrero, y salió tarareando un cuplé de moda.

El lacayo abrió la portezuela del automóvil, y quitándose la gorra, entregó un sobre a Lucía, que preguntó:

—¿Es que no está el señor?

—¿No, señora; el señor estuvo aquí a las tres y media y dejó esta carta con orden de entregársela a la señora cuando viniese.

Rasgó Lucía el sobre; dentro había una platea para Apolo. «Habrá tenido que hacer e irá directamente al teatro, pensó.

Pero terminó el primer acto sin que Garcés hubiese llegado, y su mujer, molesta por estar sola, no quiso esperar más.

Ya en su casa, se envolvió en una bata, se acomodó en un sofá y tomó un libro para esperar a que su marido viniese a explicar lo extraño de su conducta.

Había tenido la suerte de escoger un libro interesante, que la distrajo enteramente, hasta que el criado vino a anunciar que la comida estaba servida.

—¿Cómo? ¿Qué hora es?—preguntó sorprendida.

—Las nueve y media.

—¿Y no ha venido el señorito?

—No, señora.

—¡Qué raro!—murmuró. ¿Le habrá pasado algo? No; ya tenía tiempo so-

Francia, 150 a 200.000 personas sin fe, sin creencias, sin religión, que cuiden a los enfermos, alimenten a los ancianos abandonados, eduquen a los huérfanos, instruyan a los niños pobres, vigilen a los dementes, cuiden a los leprosos, etc., etc., con la condición que esas 150 o 200.000 personas hagan trabajo durante toda su vida por espacio de 16 horas diarias y todo por 50 céntimos de salario, la comida y la cama, siendo, en cambio, injuriados y calumniados y muriendo pobres».

El Ayuntamiento de París ha votado un acuerdo, tachando de facciosa y antirrepublicana, la ley contra las Congregaciones religiosas, supuesto que atenta a la libertad de asociación.

España.—Diciembre 1901.

Aún los periódicos más sectarios, como el «Heraldo», vienen estos días en-

tusiasmados con la transformación maravillosa que ha sufrido la cárcel de mujeres de Madrid desde que se han encargado de ella las benditas Hermanas de la Caridad. Un burdel asqueroso se ha convertido en un centro de regeneración y de moralidad.

Pues entonces, ¡oh rotativos de nuestros pecados!, ¿por qué perseguís y odiais las instituciones religiosas que tales frutos producen?

La blasfemia es el lenguaje habitual de muchos obreros y de bastantes que se precian de personas decentes... No sueltan cuatro palabras seguidas sin un eructo apestante de éstos.

¡Y luego se quejan de que Aquel a quien continuamente están insultando les cargue con el peso de su Justicia.

No será posible la redención de España si no aumenta la vida cristiana ante la persecución.

Pensamientos de hombres sabios
«Del odio de la sotana al de la levita no hay más que 50 centímetros de paño»
—(El Arcipreste d' Auxerre.)

«Vi al impío constituido en toda elevación, pero volví a pasar y ¡ya no era!...» —(Concepto de David.)

Difícilmente se encontrarán media docena de perdidos que no sean anticlericales muy a su gusto.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. G. H.—Cuenca.—Pagó fin Octubre 1933.

Hay personas cuyo odio y cuyo desprecio hacen más honor que su amistad y sus alabanzas.

César Alvarez
PINTOR

Trasladó su Taller de Pintura y Dorado a la Avenida del Molinón.

Se reciben avisos en la imprenta «La Reconquista» - San Bernardo, 99 y 101

DOCUMENTOS de toda clase, logra de altos centros Estado, realiza gestiones, tramita asuntos activamente.

IMPORTANTE: Toda publicación católica, deberá remitir tarifa anuncios económicos número muestra.

Fernando Gil Cala.—Jaén, 7, pral. MADRID

Imp. LA RECONQUISTA—Gijón

Melchor Osorio

RELOJERIA Y JOYERIA
Pl y Margall, 13 -:- GIJON

Venta de todos los artículos del Ramo, sin competencia :: Compra de oro, platino y brillantes. Pago todo su valor.

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Capua, 31
GIJON Teléfono 2934

LA

Librería Palacios

Continua liquidando

en

Santa Rosa, n.º 4

—: Gijón :—

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Detalle: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Telegramas y telefonemas:
GALONSO

Almacenes de Ferretería, Quincalla, Loza y Cristalería: Artículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Teléfono Detall: 2912
Teléfono Almacén: 2913

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica
: Enfermedades del Pulmón y Corazón :

Consulta: de 11 a 1 :: San Bernardo, 143 :: Teléfono, 1219 :: GIJON

SIDRA CHAMPAGNE

“ZARRACINA”

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas

INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJON

Luis Infiesta y Castro

(Antes Acebal, Rato y Comp.ª)

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28

— GIJON —

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.
Piezas de recambio para las mismas
Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, banos de jardín y cuantos encargos se hagan

Rápida entrega de los pedidos

“La Fama Asturiana”

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.

Pídase en las tiendas de ultramarinos.

LUIS BASURTO
QUÍMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico
Fluoruro de Sodio

Pasta para esmerilar, rápida

Espato-Flour, en piedra y molido

LABORATORIO de análisis minerales e industriales

Príncipe, 16—Apartado 174 :: GIJON

OBRAS TEATRALES

(De propaganda social)

El Anarquista..... 1 peseta.

Mitin socialista..... 1 »

Jauja..... 1 »

El Señorito..... 1 »

El Requeté..... 1 »

Certificado, 0,30 de pta. más. Los pedidos a esta Administración.

Colecciones de RELIGION Y PATRIA años 1928-29-30-31-32, a 4 pts. cada año.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Teléfono 17-20. — Gijón

SERVICIO PERMANENTE

Prestitud :: Esmero :: Economía

Francisco Prendes Pando

ABOGADO

SOMIÓ :: GIJON

Doctor Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso

Cincuenta y seis años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde

Corrida, 62 — Teléf. 400

GIJON

El dolor de estómago le impedía trabajar hacia años...



Hoy como de todo, trabajo y he recuperado la alegría de otros tiempos...

Esto dice don Casimiro Florido, de Los Santos de Maimona (Badajoz), Carretera Chica, 4, en la carta que nos ha dirigido relatando la curación definitiva con la CURA N.º 13 DEL ABATE HAMON, de la dolencia del estómago que sufría hacia años. Muchos cientos de curados se expresan en parecidos términos.

LA CURA VEGETAL N.º 13 DEL ABATE HAMON asegura desde el primer día una digestión natural, sin dolor ni molestias y sin necesidad de régimen alimenticio. Es el remedio sano y cómodo que cura todas las dolencias del estómago normalizando las funciones del aparato digestivo. Pídeselas 8'30 la caja para 90 tazas o un mes.

Venta Farmacias, Peligros, 9, Madrid y Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.